# A LOS LECTORES DE LA «REVISTA DE LA ESTRELLA» Y A LOS AMIGOS DE KRISHNAMURTI

Amigos:

Antes de proyectar el plan de edición de la Revista de la Estrella para 1933, hemos querido conocer los proyectos del editor del *Star Bulletin*. Era obligado hacerlo porque la periodicidad de éste supedita la de nuestra revista, puesto que su texto es el del *Star Bulletin* vertido al castellano. En el número noviembre-diciembre de dicho boletín, su editor hace la siguiente declaración:

> La existencia del *Star Bulletin* responde a un solo propósito: poner al alcance del público la información auténtica de las conferencias y escritos de Krishnamurti. Con esta finalidad, él, personalmente, corrige las notas de sus conferencias antes de enviarlas a la imprenta. Ello ocasiona cierta demora en la edición, que algunos creerán injustificada. Desde luego, el trabajo del editor quedaría muy simplificado si las conferencias pudieran publicarse sin corregir las notas Krishnamurti. Sin embargo, en vista de las torcidas interpretaciones de su punto de vista que frecuentemente aparecen en la prensa y en algunas revistas, él desea que el *Star Bulletin* sea un fiel portavoz de sus ideas; y, puesto que su mensaje es de un valor permanente, la demora en publicar determinadas conferencias, es indudable que no les resta importancia en absoluto.
>
> Aunque la crisis financiera que actualmente se hace sentir por todo el mundo ha reducido el número de lectores del *Star Bulletin*, el editor no desperdicia ningún esfuerzo para mantener el precio actual de suscripción de $ 1.25 al año. Bajo las actuales circunstancias, hemos de continuar por el presente publicándolo bimensualmente, pero el número de páginas ha sido aumentado en 16 a partir del presente número. La reciente jira que Krishnamurti ha efectuado por los Estados Unidos y el Canadá nos ha proporcionado material suficiente para este aumento, y este número de páginas adicionales se mantendrá en tanto que tengamos texto y nuestros fondos lo permitan. El editor no desea hacer beneficios, sino cubrir los gastos, y, a pesar de que algunos amigos le han instado a que aumente el precio de suscripción, ha rehusado hacerlo por su vehemente deseo de que el *Star Bulletin* sea asequible por todo aquél que ávidamente desea recibir la enseñanza de Krishnamurti. Se espera que la ayuda generosa de los afortunados financieramente, hará realizable este deseo.
>
> Es de hacer constar a los lectores que las notas que de vez en cuando se publican en estas páginas bajo el título de «Pensamientos sobre la Vida» no son selecciones entresacadas de escritos publicados anteriormente, sino apuntes inéditos de Krishnamurti.
>
> El editor con frecuencia recibe preguntas de amigos que se interesan en cómo podrían ayudar a divulgar las ideas de Krishnamurti. Una de las más eficaces maneras de hacerlo es el regalar ejemplares del *Star Bulletin* a las bibliotecas públicas y renovar puntualmente la suscripción cada año. Algunos suscriptores hay que ya sumi-

nistran a varias bibliotecas. Otra idea es el enviar suscripciones de regalo a amigos que aún no estén familiarizados con el punto de vista de Krishnamurti. Otros suscriptores toman para sí dos o más suscripciones a fin de regalar los ejemplares de la suscripción extra o de dejarlos en los salones de lectura de los hoteles, casinos, barberías, etc. Todos estos métodos son eficaces, y el editor confía en que el número de amigos que deseen cooperar con él para que las ideas de Krishnamurti capten la atención del mayor número posible de personas en el mundo, aumentará considerablemente.

El editor del *Star Bulletin* pide y recibe colaboración de los amigos para desarrollar la labor de divulgación que le está encomendada en las naciones de habla inglesa. Otro tanto puede decir el editor de la *Revista de la Estrella*, pues sin la ayuda financiera y la cooperación personal que ha recibido, no le hubiera sido posible publicar durante el curso de 1932 las obras de Krishnamurti, inéditas en castellano, ni los miles de folletos y catálogos que se editaron y repartieron por correo y por el comercio de librería.

Alentado el editor por el apoyo de los amigos de los países de habla española, y teniendo en cuenta el deseo recogido de varios suscriptores de que la publicación de la *Revista de la Estrella* vuelva a ser mensual, ha proyectado editar la revista para 1933, introduciendo algunas modificaciones para mejorarla y hacerla más atrayente, si cabe:

Publicaremos en la portada información gráfica de las reuniones con Krishnamurti, siempre que dispongamos de buenas fotografías.

La paginación de los escritos y conferencias de Krishnamurti será correlativa a través de todos los números del año, a fin de que se puedan encuadernar formando un tomo. Con este objeto será mejorada la calidad del papel.

Aparecerá la revista mensualmente, publicando en dos números el texto de un número doble del *Star Bulletin*.

Cuando carezcamos de original de Krishnamurti publicaremos trabajos acerca de su mensaje, de valor universal, que se reciban en esta redacción. Se confía en poder ofrecer a los lectores trabajos de mérito indudable; pero debe tenerse en cuenta que siendo el destino de los fondos disponibles, la divulgación del pensamiento de Krishnamurti mismo, sólo se les dará cabida si éstos lo permiten.

En el número doble febrero marzo, cuando por seguir la periodicidad del *Star Bulletin* nos vimos obligados a iniciar la publicación bimensual, anunciamos reformas en la *Revista de la Estrella* y quizás una reducción en el precio de la suscripción. Por dificultades idénticas a las expuestas por el editor del *Star Bulletin*, no es posible hacer reducción de precio alguna; menos aún cuando queremos seguir las sugerencias de los que creen que con un contacto más frecuente entre Krishnamurti y sus amigos, mantienen éstos más vivo el interés por las ideas de aquél. Así pues, el precio de suscripción anual continuará siendo de pesetas 8 para España y pesetas 10 para otros países.

El apoyo, la ayuda, el aliento recibido durante el curso de 1932, no nos habrá de faltar, así lo esperamos, en 1933, de tantísimos amigos que se identifican en la labor que nos ha sido encomendada y que es común de todos los que aprecian el verdadero valor del mensaje de Krishnamurti y quieren que la humanidad lo conozca.

F. Rovira
Editor de la Revista de la Estrella

A continuación detallamos los donativos recibidos, con los nombres de los donantes, como respuesta a la circular que en junio, 1932, enviamos a todos nuestros amigos. Cumplimos pues, en este respecto, lo que en ella prometíamos. Se agradecerá que nos adviertan cualquier omisión que se descubra en las listas; creemos que éstas son completas, mas no quisiéramos haber olvidado a ninguno de los donantes, a quienes extendemos nuestro agradecimiento en nombre de la obra.

## DONATIVOS PARA LA PROPAGANDA POR LA AGENCIA EN ESPAÑA DEL STAR PUBLISHING TRUST

| | PESETAS |
|---|---|
| Julián Piñango. . . . . | 10,— |
| C. B. F. . . . . . . . . | 2,50 |
| Ventura Orts Molina . . | 5,— |
| Venancio Terrazas Dueñas | 20,— |
| Juan Zamora . . . . . . | 5,— |
| Carmen Casal . . . . . | 5,— |
| Teresa Esquer . . . . . | 10,— |
| Fermín Grimau . . . . | 10,— |
| Feliciano Muñoz Carenas . | 5,— |
| Grupo Teosófico, Mataró . | 15,— |
| Luis Masía Domenech . . | 2,— |
| Blasa Puey . . . . . . . | 3,— |
| Sociedad «Discípulos de la Verdad» . . . . . . | 10,— |
| Antonio Garrido García . | 2,50 |
| José España Xifré (Grupo Teosófico y suscriptores de Alcira) . . . . . . | 12,50 |
| Samuel Peremarch . . . | 25,— |
| Francisco Filella Oro . . | 2,50 |
| José Lecertúa . . . . . | 8,— |
| Eladio Fernández Cobo. . | 5,— |
| Gregorio Sujar. . . . . | 1,— |
| Fancisco Vicent, Rodolfo Botella, Isidro Reig y Francisco Payá . . . . | 10,— |
| José Gomá . . . . . . . | 15,— |
| Ramona Ribal . . . . . | 1,— |
| Juan Pericot . . . . . . | 5,— |
| Rama Fides . . . . . . | 15,— |
| Enrique Sánchez . . . | 15,— |
| Leandro Getino . . . . | 2,50 |
| Samuel Sanchis . . . . | 5,— |
| Viriato Marchí Rocher . . | 2,50 |
| Nicolás Falcón Rodríguez . | 2,— |
| Francisco Atienza y Segura | 5,— |
| Hermenegildo Rodríguez Catalá . . . . . . . | 100,— |
| José do Egito . . . . . . | 5,— |
| José María Fariñas . . . | 25,— |
| Arturo Bescós Salas. . . | 5,— |
| Emilio Pujol . . . . . . | 3,— |
| Jesús Campos . . . . . | 5,— |
| Encarnación Albaizar . . | 5,— |
| Emilia Secanell . . . . . | 10,— |
| Francisco Menayo . . | 1,— |
| Estrella Pujol . . . . . . | 1,— |
| Juan Cusiné. . . . . . . | 2,— |
| José Saumell . . . . . . | 1,— |
| Emilio Grifell . . . . . . | 2,— |
| Manuel Colillas . . . . . | 1,— |
| José Morros. . . . . . | 2,— |
| Juan Gual . . . . . . . | 2,— |
| Hermenegildo Muñoz . . | 185,— |
| Esther Nicolau. . . . . | 25,— |
| Domingo Cano . . . . | 2,— |
| Alberto Oliva (Ant. Gine y amigos de Krishnamurti) | 40,— |
| Gonzalo Bascuñana . . . | 20,— |
| E. Aguilera (Tucumán) . . | 157,— |
| Felipa Martín . . . . . . | 5,— |
| José Viusa Camps . . . | 2,50 |
| Manuel Mira, A. Amorós, J. Sánchez, A. Raño . . | 3,50 |
| Miguel Remezzano . . . | 50,— |
| Fernando Moraleda H . . | 5,— |
| Adolfo Mármol Lozano. . | 10,— |
| Juan M. Molina Marqués . | 5,— |
| José Palma . . . . . . . | 10,— |
| Ricardo García de la Torre | 5,— |
| Luis F Caso . . . . . . | 3,50 |
| Alfonso Revoredo Iglesias. | 10,— |
| Antonio Fité Badía . . . | 50,— |
| Francisco Alcañiz. . . . | 50,— |
| Pablo Corbera . . . . . . | 20,— |
| Emilio Pérez . . . . . . | 2,95 |

| | PESETAS |
|---|---|
| María Menéndez . . . . | 2,50 |
| María Giner. . . . . . | 2,50 |
| María Ibáñez . . . . . | 2,50 |
| Bienvenida Domingo . . | 50,— |
| Teresa Más . . . . . . | 2,50 |
| Josefa López. . . . . . | 2,50 |
| María Vicente . . . . . | 2,— |
| El Grupo Pepita Sagaseta. | 12,50 |
| Vicente Gil . . . . . . | 2,— |
| Marcos Martínez . . . . | 5,— |
| Mercedes Ferrer, Vda. Solá | 10,— |
| Margarita Boix de Talens . | 8,50 |
| Francisco Zorrilla y Arroyo | 5,— |
| Emilio Traverso . . . . | 5,— |

| | PESETAS |
|---|---|
| V. Romeo . . . . . . . | 2,50 |
| Enrique Fernández F. . . | 10,— |
| Luciano González . . . | 1,50 |
| Juan Escudero . . . . | 20,— |
| Fernando Magán . . . . | 3,— |
| Luis G. Lorenzana . . . | 50,— |
| Francisco Pérez . . . . | 2,— |
| Luciano González. . . . | 1,50 |
| TOTAL. . . | 1269,95 |
| J. Bosch (donativo anunciado, pero no recibido). | 10,— |

## DONATIVOS PARA VIAJES DE KRISHNAMURTI

| | PESETAS |
|---|---|
| Silverio Terol . . . . . | 200,— |
| José Puchades . . . . . | 100,— |
| Bautista Ripoll . . . . | 6,— |
| Angelino Moreno. . . . | 5,— |
| Amparo Sellés. . . . . | 15,— |
| Julián Piñango. . . . . | 10,— |
| C. B. P. . . . . . . . | 2,50 |
| Fermín Grimau . . . . | 15,— |
| Teresa Esquer . . . . . | 100,— |
| Ventura Orts Molina . . | 5,— |
| Carmen Casal . . . | 5,— |
| Juan Zamora . . . . . | 12,— |
| Venancio Terrazas . . | 20,— |
| Feliciano Muñoz . . . . | 5,— |
| Luis Masía . . . . . . | 2,— |
| Grupo Teosófico, Mataró . | 15,— |
| Blasa Puey . . . . . . | 3,— |
| Sociedad «Discípulos de la Verdad» . . . . . . | 10,— |
| Antonio Garrido . . . . | 2,50 |
| José España Xifré (Grupo Teosófico y suscriptores de Alcira) . . . . . | 12,50 |
| Samuel Peremarch . . . | 25,— |
| Francisco Filella Oro . . | 2,50 |
| José Lecertúa . . . | 8,— |
| Eladio Fernández Cobo. . | 5,— |
| Gregorio Sujar . . . . . | 1,— |
| Francisco Vicent, Rodolfo Botella, Isidro Reig y Francisco Payá . . . . | 10,— |

| | PESETAS |
|---|---|
| José Gomá . . . . . . . | 10,— |
| Ramona Ribal . . . . . | 2,— |
| Juan Pericot. . . . . . | 5,— |
| Rama Fides. . . . . . | 10,— |
| Enrique Sánchez . . . . | 15,— |
| Leandro Getino . . . | 2,50 |
| Samuel Sanchis . . . . | 20,— |
| Miguel Latorre, Ana Latorre y S. Pérez . . . . | 8,— |
| Viriato Machí Rocher . . | 2,50 |
| Nicolás Falcón Rodríguez | 4,— |
| Francisco Atienza y Segura | 5,— |
| Hermenegildo Rodríguez Catalá . . . . . . . | 150,— |
| José do Egito . . . . . | 15,— |
| José María Fariñas . . . | 25,— |
| Arturo Bescós Salas. . . | 5,— |
| Emilio Pujol . . . . | 2,— |
| Jesús Campos . . . . . | 5,— |
| Encarnación Albaizar . . | 5,— |
| Emilia Secanell . . . . | 10,— |
| Francisco Menoyo . . . | 5,— |
| Estrella Pujol . . . . . | 4,— |
| Juan Cusiné. . . . . . | 8,— |
| José Saumell . . . . . | 4,— |
| Esperanza Areny . . . . | 2,— |
| Emilio Grifell . . . . . | 8,— |
| Manuel Colillas . . . . . | 4,— |
| José Morros . . . . . . | 5,— |
| Juan Gual . . . . . . | 5,— |
| Hermenegildo Muñoz . . | 184,— |

| | PESETAS |
|---|---|
| Esther Nicolau. . . . . . | 25,— |
| Domingo Cano . . . . . | 5,— |
| Alberto Oliva, Ant. Gine y amigos de Krishnamurti . . . . . . . . | 60,— |
| Gonzalo Bascuñana . . . | 20,— |
| E. Aguilera (Tucumán) . . | 158,40 |
| Felipa Martín . . . . . . | 20,— |
| José Viusa Camps . . . . | 2,50 |
| Manuel Mira . . . . . . | 3,50 |
| Miguel Remezzano . . . | 50,— |
| Fernando Moraleda H . . | 5,— |
| Adolfo Mármol Lozano. . | 15,— |
| Juan M. Molina Marqués . | 5,— |
| José Palma . . . . . . . | 10,— |
| Ricardo García de la Torre | 15,— |
| R. R. D. . . . . . . . . | 12,25 |
| Luis F. Caso . . . . . . | 3,50 |
| Alfonso Revoredo Iglesias. | 8,65 |
| Francisco Alcañiz. . . . | 50,— |
| Pablo Corbera. . . . . | 20,— |
| Emilio Pérez . . . . . . | 2,90 |
| Simona Luna . . . . . | 10,— |
| María Menéndez . . . . | 2,50 |
| María Giner. . . . . . . | 2,50 |

| | PESETAS |
|---|---|
| María Ibáñez . . . . . . | 2,50 |
| Bienvenida Domingo . . | 50,— |
| Teresa Más . . . . . . . | 2,50 |
| Josefa López . . . . . . | 2,— |
| María Vicente . . . . . . | 3,— |
| Grupo de Pepita Sagaseta. | 12,50 |
| Vicente Gil. . . . . . . | 2,— |
| Marcos Martínez . . . | 5,— |
| Mercedes Ferrer, Vda Solá | 5,— |
| Salvador Signes . . . . . | 5,— |
| Margarita Boix de Talens . | 8,50 |
| Francisco Zorrilla y Arroyo | 5,— |
| Emilio Traverso . . . . . | 5,— |
| Luis G. Lorenzana . . . . | 50,— |
| Fernando Magan . . . . . | 3,— |
| Juan Escudero. . . . . . | 20,— |
| Enrique Fernández F. . . | 10,— |
| V. Romero . . . . . . . . | 2,50 |
| Luciano González . . . . | 1,50 |
| TOTAL. . . | 1779,20 |
| J. Bosch (donativo anunciado. pero no recibido). | 10,— |

Donativos de que hemos tenido noticia a última hora, cuyos importes no se han recibido aún: Dr. Carlos Stoppel, $ 5; Sr. Pedro Gras, $ 4; Esposos Seuba, $ 6; Sr. José Piñeiro, $ 12; Sr. Ulderico Pace, $ 2; Sr. Juan Minetto, $ 12; Ing Diego de Huertos, $ 12; Sr. Rafael García, $ 2; Sr. Victorio Cantú, $ 5; Esposos Torregrosa, $ 12.—Total, 72 pesos argentinos, de los cuales se destinan 50 para viajes de Krishnamurti y 22 para propaganda.

F. ROVIRA
Agente en España del Star Publishing Trust

---

REUNIÓN CAMPESTRE EN OMMEN, HOLANDA

## KRISHNAMURTI

HABLARÁ EN LA NOVENA REUNIÓN CAMPESTRE
QUE SE CELEBRARÁ EN OMMEN, HOLANDA

*del 26 de julio al 14 de agosto, 1933.*

Todas sus "charlas" serán públicas. No habrá derechos de admisión. Se admitirán donativos.

---

Para comodidad de los concurrentes se organiza el Campamento, cuya inscripción queda abierta para todos.

Este Campamento durará 20 días y se dividirá en tres períodos de 6 días con un día intermedio, o sea:

del miércoles, 26 de julio al lunes 31 de julio.
» » 2 de agosto » » 7 de agosto.
» » 9 » » » » 14 » »

En cada período habrá cuatro charlas por *Krishnamurti* y reuniones alrededor de la hoguera, al atardecer.

Los solicitantes pueden incribirse por uno, dos, o los tres períodos; o también, por parte de uno, forzosamente el primero, o sea durante los seis días del 26 al 31 de julio. Desde luego, la inscripción para parte de período es inadmisible para los trabajadores del Campamento, ya que las llegadas y marchas frecuentes requieren una gran cantidad de trabajo, ocasionando, además, perturbaciones en el Campamento.

Cuotas de inscripción:

| | | |
|---|---|---|
| Inscripción por un período de seis días, | 22 | florines. |
| » » dos períodos, trece días, | 42 | » |
| » » tres períodos, veinte días, | 60 | » |

Por estos precios se suministrarán: una cama de campaña corriente en una tienda, en compañía de otros individuos, y comidas vegetarianas.

Pueden reservarse tiendas especiales.

La cuota de inscripción para los que visiten con frecuente regularidad el Campamento, sin alojarse ni tomar las comidas en él, será de 10 florines para un período, 12,50 para dos, o 15 para los tres períodos.

Una gran cantidad de trabajo vinculado con el Campamento, sólo puede realizarse por ayudantes voluntarios, que serán gustosamente bienvenidos.

Ayudaréis en gran manera a la Dirección si os inscribís pronto.

NOTA: NO HABRÁ CAMPAMENTO EN OMMEN EN 1934.

Para inscribirse, escribir al agente del Campamento en España, o a los agentes respectivos, en otros países.

El importe en florines debe enviarse con la inscripción a dicho agente en un cheque sobre Zwolle o sobre Amsterdam, a nombre de A. F. Folkersma.

Es de esperar que la visita de Krishnamurti a Europa en 1933, despertará un interés parejo a la extraordinaria expectación con qué fué recibido en las ciudades del Canadá y los Estados Unidos, que visitó durante el verano y otoño de 1932.

Buscando facilidades para que puedan concurrir a esta reunión el mayor número posible de amigos españoles, hemos obtenido de la *Comp. Internacional de coches camas,* Agencia Cook, el precio del billete individual, ida y vuelta, a base de un viaje colectivo de veinte personas como mínimo, viajando juntas.

El recorrido sería como sigue:

IDA: Cerbere-Niza-Ginebra-Berna-Bale-Colonia Zwolle-Ommen.
VUELTA: Ommen-Amsterdam-Amberes-Brujas-Bruselas-París-Burdeos-Irún.

Precio por individuo: en 3.ª, Ptas. 390.

Para completar el coste del viaje, téngase en cuenta los billetes circulares en tercera clase con que se puede viajar en España. Con este billete se puede partir de cualquier punto de España hasta Cerbere, y, al regreso, completar el viaje desde Irún a la ciudad de donde se partiera Su coste es de Ptas. 67,50, partiendo de Madrid, y creemos que variará muy poco cuando se parta de cualquier otra ciudad.

Para gastos de oficina del Agente del Campamento, se cargarán Ptas. 5 por inscripción.

Para facilitarnos el trabajo de las gestiones que están aún en proyecto, rogamos a quienes les interese asistir a esta Reunión, que nos remitan lleno el boletín siguiente lo antes posible

---

Sr. Agente del Campamento de Ommen (Holanda)
Apartado 867. Madrid.

Estoy interesado en asistir a la Reunión Campestre que se celebrará en 1933 en Ommen. Quisiera asistir en el período comprendido entre ............................ y ............................

(Escribir con claridad las fechas del período que se escoja.)

Me inscribiré con la cuota corriente (si se deseara reservar tienda individual, o de matrimonio, o de dos o tres personas del mismo sexo; o bien si se quiere alojamiento en el pueblo de Ommen, indíquese a continuación). ............................

............................

Me interesa, no me interesa (táchese lo que no convenga) hacer el viaje colectivo.

Nombre ............................

Dirección ............................

Ciudad ............................ Provincia ............................

Téngase en cuenta que el llenar este boletín no es una incripción formal para la Reunión, ni tampoco debe enviársenos ahora importe alguno. Lo único que deseamos es saber el número de personas que se inscribirán en su día y si se desea o no viajar colectivamente; los demás detalles se arreglarán por correspondencia.

F. ROVIRA
Agente en España del Campamento de Ommen.
Apartado 867. Madrid.

---

## VISITA DE KRISHNAMURTI A ESPAÑA

Varios amigos se han dirigido a mí en distintas ocasiones expresando su deseo de que Krishnamurti visite España. Creo que la oportunidad de que él pueda venir se presentará después del Campamento de Ommen de 1933. Desconozco aún qué planes tenga para entonces, pero se sabe que visitará Italia. Es mi opinión que debiéramos invitarle a que venga a España para una fecha que él fijaría. La organización de este viaje, de él y su secretario, habrá de originarnos considerables gastos. Quisiera recoger, antes de invitarle, las manifestaciones de cuantos amigos quieran adherirse y traer su aportación. Pueden escribir al que suscribe.

F. ROVIRA

---

Un modo eficaz de ayudar a la *Revista de la Estrella* es renovar puntualmente la suscripción y procurar nuevos suscriptores.

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Administrador de la *Revista de la Estrella:*
Apartado 867. Madrid.

Ruégole se sirva suscribirme a esta revista por un año a partir de enero de 1933, cuyo importe de $\frac{\text{8 pesetas (España)}}{\text{10 pesetas (demás países)}}$ le envío (1) por ..........................................

Nombre ..........................................

Dirección ..........................................

Ciudad ...................... Provincia ......................

(1) Indicar el medio de remisión: La más práctica, en España, es por giro postal a nombre de Francisco Rovira y Soler, Apartado 867, Madrid.

REVISTA DE LA ESTRELLA
DICIEMBRE 1932 NÚMERO 7
DIRECTOR: FRANCISCO ROVIRA
APARTADO 867 MADRID

# EL HOMBRE Y EL YO

NOTAS TOMADAS POR

CARLO SUARÉS

EN LAS CONFERENCIAS DADAS EN FRANCIA POR

KRISHNAMURTI

VERSIÓN CASTELLANA DE

AUGUSTO D'HALMAR

IMPRENTA IZAGUIRRE • MAGALLANES, 18 DUPLICADO • MADRID

*Yo he tratado, dice Carlo Suarés, en estos dos ensayos de reproducir con fidelidad las ideas expresadas por Krishnamurti y de no poner nada que no fuera suyo.*

*Otro tanto puede agregar el traductor español refiriéndose a la admirable síntesis de Suarés.*

AUGUSTO D'HALMAR

# EL HOMBRE Y EL YO

## I

Hay la tendencia de pensar en Occidente que lo que yo digo se refiere únicamente a la tradición inda y no a las razas de tradiciones occidentales. En la India, por lo contrario, hay la tendencia de pensar que yo expongo una filosofía occidental. Si se me juzga de maneras tan diferentes, ello prueba que la Verdad no es ni occidental ni oriental.

En la India se imaginan corrientemente que aquél que llega al Conocimiento debe llevar la túnica anaranjada del sannyasin, volverse mendigo errante y despreciar el cuerpo físico. En Europa, otros prejuicios reemplazan a éste. Pero estos prejuicios son limitaciones, y no se puede limitar la Verdad. La naturaleza humana es por doquiera la misma, en todos los climas; y la Verdad es por doquiera la misma, no puede estar contenida por fronteras, ni pertenecer a razas, dogmas, iglesias. Cada cual puede descubrirla sirviéndose con inteligencia de su sentido crítico. Lo que yo llamo inteligencia es el equilibrio entre el pensamiento y la emoción; el sentido crítico es el discernimiento que nos permite escoger lo que es esencial y apartar lo que no lo es.

Me doy perfecta cuenta de la indiferencia de la mayoría de los hombres respecto a la Verdad: ellos ignoran hasta su existencia. Son como prisioneros que hubieran nacido en su prisión y que no saben que ésta tenga una salida, pero que sufren a causa de su aprisionamiento.

La Verdad, que es la Vida, no soporta ninguna limitación. Para descubrirla, debemos liberarnos, y para liberarnos, debemos vernos empujados, por el deseo de comprender, a encontrar la causa de nuestras limitaciones. La certidumbre a la cual llegamos entonces, es el resultado de nuestras propias luchas, de nuestra comprensión, de nuestra duda. Esta certidumbre nadie puede dárnosla.

La duda y el deseo de encontrar la Verdad absoluta,

son los dos estimulantes que conviene despertar en los hombres. Lo que les estimula habitualmente, es el miedo y la esperanza, que nacen de sus limitaciones y que les llevan a buscar consuelos. Esta necesidad de ser fortalecidos no puede conducirles a descubrir la Verdad. Aquéllos que son consolados y fortalecidos, no por eso han descubierto la causa de su sufrimiento; no han salido de prisión. Han encontrado un alivio pasajero cambiando de postura. Tratar de hacerse consolar equivale a un estancamiento, a una traición a la Verdad. La Verdad no consuela, no se la puede captar como una corriente eléctrica, reducirla en un transformador, y utilizarla para nuestra comodidad. Su gran luz no puede ser tamizada.

He aquí una historia inda. Una vez, en la primavera, todas las mariposas del valle se reunieron a la sombra fresca de un árbol. Discutían a propósito de la luz; unas afirmaban lo que las otras negaban, hasta que una mariposa se declaró dispuesta a ir a descubrir lo que la luz era realmente. Todas esperaron pacientemente su regreso. Cuando la mariposa volvió, les hizo saber que la luz era demasiado fuerte para que nadie pudiera aproximársele. Pero las otras no quedaron satisfechas de esta respuesta y quisieron saber más. Otra mariposa se puso en camino, y les comunicó a su regreso que no había podido aproximarse a la luz, de tan poderosa y ofuscante que era. Esta declaración tampoco fué encontrada suficiente, y una tercera mariposa voló hacia el mismo objeto. Herida, les dijo a su vuelta, que la luz era tan cálida que la había quemado. Y a su vez una cuarta partió, pero para no volver. La Verdad que es Luz, la había consumido.

Así, en su sufrimiento, los hombres prefieren aguardar que se les traiga la Verdad antes que ir a buscarla.

Ahora bien, entre los que parten, la mayoría van a buscar no la Verdad sino consuelos. Los consuelos no contienen la Vida en su realización, porque en vez de hacer comprender a los hombres las causas de su sufrimiento, rebajan la Verdad, la reducen, creando creencias religiosas y dogmas. La Vida, que es la Verdad, no puede realizarse sino a través de las experiencias que no la reducen.

Los hombres, porque no encuentran la felicidad en nin-

guna parte, van de una jaula a otra y continúan sufriendo. Deben, por tanto, librarse de todas sus jaulas.

Almas buenas y generosas, movidas por el deseo de aliviar la miseria humana, se consagran a hacer más atractivas las innumerables prisiones ya existentes. Creen que mejorando las condiciones de la existencia harán a los hombres mejores y más dichosos. Olvidan que una cárcel modelo, siempre es una cárcel.

Es evidente que las condiciones de la existencia debieran ser mejores para todos, pero no hay que hacerlo depender de la caridad. Deben ser creadas a la vez por la técnica y por la comprensión de la Vida. Una excelente técnica que se desenvuelve en detrimento del sentido de la Vida, es ineficaz; es preciso, al contrario, que sea guiada por el sentido de la Vida desarrollado al máximun.

Yo no quiero decorar las antiguas jaulas. Ni tampoco demolerlas. Porque aunque se consiguiera demoler todas las prisiones de los hombres, volverían a edificar otras, y decorarían sus muros. Cada cual debe aprender a liberarse por sí mismo. Mi objetivo es hacer nacer en los hombres el deseo que rompería todas las jaulas, y despertar en ellos la voluntad de descubrir la Verdad, la verdadera felicidad.

En su rebusca de una a otra prisión, basan los hombres su vida sobre una esperanza siempre defraudada. La esperanza es una traición a la Verdad, porque, inmovilizando al hombre en una espera del porvenir, lo debilita y aleja del presente.

Un paraíso prometido en el futuro no contiene ni aun la sombra de la Verdad, la Verdad está totalmente ausente de él. En la medida en que se funda su rebusca sobre la esperanza de encontrar consuelos, bálsamos para curar las llagas, uno se aleja más y más del reino donde se encuentra la felicidad, la Verdad eterna. Esta no necesita ninguna plegaria, ninguna adoración, ninguna religión, ni ritos. Es absoluta, y cada cual puede descubrirla a través de la lucidez total que, si se esfuerza, puede tener de sus propios actos cotidianos, de sus pensamientos y sus emociones. Cada persona, concentrando toda su conciencia sobre sus propios actos cotidianos, puede discernir entre ellos los que

expresan la Vida y los que por el contrario conducen a la inacción, o que ya de por sí son inactivos.

Los actos inactivos son aquellos con los cuales trata uno de distraerse en sucesión de pasatiempos fútiles. Estos actos se refieren únicamente a lo que no es esencial, y crean así un sufrimiento negativo del cual no se sabe salir. En este estado negativo, todo cuanto se hace encadena. Ni el amor mismo respeta su propio objeto que utiliza para su placer.

Los actos que conducen a la inacción son aquellos en que se hallan mezclados lo esencial y lo no esencial. Están determinados por la pasión, por el violento deseo que tiene el «yo» de durar, de ampliarse, de adquirir cualidades. Aunque estos actos conducen a un estado inactivo, a pesar de todo son creadores porque provocan un verdadero sufrimiento, positivo, por medio del cual el hombre puede encontrar una salida: si corre el riesgo de encadenarse, también puede liberarse, llegando a hacerse más y más consciente de su objetivo. Aquí el amor distingue el sujeto del objeto, y los toma a ambos en consideración.

En fin, los actos que expresan la Vida son aquellos que no nacen del sentido del «yo», aquellos que no provienen del deseo que tiene el «yo» de durar y ampliarse, aquellos donde la conciencia misma del individuo ha desaparecido: aquellos que expresan únicamente lo esencial. No hay que considerar la acción esencial desde el punto de vista de las cualidades, como se hace para los demás actos. No hay que tratar de ningún modo de atribuirle cualidades, porque no las tiene, siendo una armonía perfecta. Este acto no es pues ni una acción ni una inacción, porque el conflicto de la acción y de la inacción provenía de las cualidades.

La acción esencial es naturalmente sencilla. Aunque puede parecer negativa cuando se la quiere considerar con relación a sujetos y objetos, es por el contrario, esencialmente positiva; en ella no hay objeto ni sujeto sino el amor, esencia de toda cosa. Es la acción pura, en que la conciencia está liberada.

Pero antes de apurar así el fruto de cada gesto, los hombres, en su deseo de ser dichosos, lo ensayan todo. Uno tras otro, abandonan lo que les decepciona y, limitados por

la mediocridad de sus ambiciones, pasan de una a otra satisfacción.

Primeramente creen descubrir la felicidad en la posesión de los bienes materiales y los placeres groseros. Si no encuentran en ello la felicidad que buscan, vuelven sus deseos refinados hacia los bienes llamados espirituales. Esperan encontrarla en un mundo que creen ser real, pero que no es sino artificial, creado por la esperanza y por su propia fantasía. En ese mundo desprovisto de realidad, se colocan las creencias de toda especie, el ocultismo y el misticismo.

Espoleado por el sufrimiento, el hombre que busca la Verdad cae en una última trampa. Ha aprendido que todo sostén externo, todo cuanto se apoye sobre una autoridad no puede conducirle hacia su fin. Se desprende entonces resueltamente de todos los objetivos, y se repliega en su ser interior donde espera descubrir la Verdad. Allí, la última decepción le acecha; porque en esta prisión sutil encontrará el «yo», el sentido del «yo» que se opone a las demás personas, la individualidad plagada de cualidades que la hacen distinta.

El «yo» depende del tiempo y del espacio; así, desarrolla cualidades que pertenecen al tiempo y al espacio. La batalla se hace inevitable entre el individuo y la Verdad.

Lo que yo entiendo por individuo no es una unidad humana considerada respecto a la especie. Se habla demasiado del individuo en sus relaciones con la colectividad, oponiendo simplemente al número uno de los elementos que constituyen ese número. Un hombre considerado como una unidad, como se hace para un objeto, para un pájaro o para un árbol, no es un individuo en el sentido que yo doy a esta palabra. Para mí no es individuo sino el hombre que ha descubierto su unicidad, el hombre que se ha vuelto totalmente consciente de sí mismo.

Para evitar nuevos equívocos, haré notar que la unicidad, tal como la entiendo, no es una cualidad de originalidad, sino que indica el proceso particular según el cual cada hombre alcanza la Verdad, la manera propia que tiene de llegar a su realización.

Hemos dejado al hombre que busca la Verdad en su última etapa. Habiéndose desprendido de todo, habiéndose

separado de todo apoyo, de toda autoridad, ha conservado, no obstante, la esperanza de descubrir la Verdad en sí mismo. Pero el «yo», el «mí», el «ego», en su exclusivismo, no contiene la Verdad, y decepciona su última esperanza. Puede ser entonces que, completamente desalentado, el hombre se desprenda de todo, ya no tenga confianza en nada, y se abandone a la indiferencia. Entra así en el mundo de la muerte, en el mundo de la nada.

En un momento dado, había conocido el éxtasis de la riqueza, del poder, del éxito. En seguida, se había embriagado con el éxtasis interior para llegar, en fin, a este éxtasis de la nada. Ahora que se ha despojado de todo, que se ha desembarazado de todas las sujeciones, que ha abandonado las jaulas, que ya no se apoya sobre ninguna autoridad, que no busca ni consuelo ni esperanza, le queda que hacer un último esfuerzo para salirle al paso a la Verdad que consumirá su ser. Está, en fin, listo para descubrir la Realidad que contiene la negación y la afirmación, ese absoluto que no conoce los grados de la perfección, que es el ser puro, la Vida y la Verdad. El momento crítico ha llegado que determinará, o bien el triunfo de la Verdad o la recaída del hombre en el ego, es decir, la necesidad de volver a empezar la experiencia de la cual no aprendió la lección.

Mientras recorría su largo camino, era el hombre semejante a un barco sin timón que se ve arrastrado por la corriente de un río. Empujado por la corriente, tomaba su movimiento involuntario por un movimiento de su voluntad, y los retrocesos provocados por sus reacciones, por un desapego filosófico. Pero el verdadero desapego consiste en discernir lo que es esencial de lo que no lo es y en escoger lo esencial. Esta selección se opone a la idea que se tiene vulgarmente del desapego: se cree que consiste en eliminar lo que es ilusorio. Esta eliminación es un acto negativo. Si en vez de eliminar lo que no es esencial se esfuerza por retener lo que es esencial, uno se desapega de una manera positiva.

En efecto, el descubrimiento de lo que es ilusorio, puede llevar a la conclusión de que todo no es sino ilusión, Maya. Esta conclusión no es exacta. Los objetos son reales como son reales las emociones y los pensamientos. Es su

conjunto lo que constituye un mundo irreal, donde sin embargo nos es preciso descubrir la Verdad.

Para el ignorante, la realidad está constituída por este conjunto de un mundo exterior y de su propio mundo interior, y por las reacciones que resultan de ello. Cuando cree obrar libremente, sus actos están determinados por causas que él no conoce; cuando cree ser positivo, no hace sino reaccionar a los contactos externos.

El resultado de todas estas reacciones es lo que se llama una civilización. Sin embargo, la función de una verdadera civilización sería ayudar al hombre a llegar a la acción pura. Si, como lo vemos en nuestra época, la civilización no conduce a esto, no es una verdadera civilización. Para encontrar la Verdad debemos, pues, esclarecer las reacciones que producen la civilización, y en medio de esta irrealidad descubrir lo real y apoderarnos de ello. Es así como podremos repeler una falsa civilización, mientras que el renunciamiento formaría parte de ella.

Comprobar que somos pasivos, que obramos automáticamente, es comenzar a trabajar conscientemente sobre nosotros mismos. Pero para saber si estamos inmóviles o en movimiento, debemos establecer un punto de referencia. Este punto de referencia es la acción pura, es decir, el objeto mismo que el hombre ha de alcanzar. Afirmar este objetivo, tenerle presente, es servirse de él como medio para conseguirlo. Sin eso, estaremos dominados por una negación que nos conducirá a la indiferencia completa.

Sin embargo el hombre no puede vivir en la indiferencia. La vida no tolera este estado estático y le obliga a botar hacia adelante o, al contrario, a rebotar hacia atrás para empezar de nuevo a sufrir. Si recae, puede volver muchas veces al punto muerto de la indiferencia y recaer todavía. Debe romper este punto muerto, traspasar definitivamente este estado de indiferencia, e ir más allá, hacia un estado de equilibrio dinámico en el cual conocerá la acción pura y la creación pura.

En tanto que el hombre no haya llegado a la acción pura, todo lo que él toma por creación suya no es sino una actividad pasiva, alumbrada a veces por un débil reflejo creador. Su poesía, su música, su pintura, su arquitectura,

todas sus artes no son todavía sino una actividad y no una creación libre. Lo que importa, es poseer el arte de vivir, que es la sola verdadera creación, el único arte positivo.

Cuando el hombre en el cautiverio de la negación llega ante el muro que, edificado por su sentido del «yo», le separa de la realidad, debe llevar todavía a cabo el acto que le liberará definitivamente. Más acá de este muro, el sentido del «yo», el «mí», se amplía sin cesar para culminar en el pleno desarrollo de la conciencia de sí. Esta autoconsciencia no es aún la liberación de la conciencia porque, vinculada a las reacciones, se apoya sobre el subconsciente y sobre el inconsciente, mientras que en la liberación de la conciencia ya no hay ni subconsciencia, ni inconsciencia, ni conciencia.

El muro de la separación impide al hombre percibir la Verdad. El hombre debe hacerle desaparecer, y esta eliminación constituye el acto positivo que le libera. La Vida se halla al otro lado del muro, pero en realidad el muro no existe: es la ilusión de la división, el sentido del «yo» que aprisiona, y es lo que se trata de hacer desaparecer. Allí donde el «yo» ya no existe, ya no hay lugar para el miedo, y es entonces cuando el hombre conoce el desapego.

El temor que tenía de sufrir y de experimentar desilusiones no le había conducido sino a la indiferencia. Pero la indiferencia es un falso desapego. El desapego verdadero es el amor en sí mismo, sin objeto ni sujeto.

El hombre liberado de sus limitaciones, del miedo, del «yo» con todas sus cualidades, logra al fin el conocimiento.

En el curso de una primera etapa, el hombre busca en el mundo de lo relativo el conocimiento enciclopédico de los objetos y de las relaciones que existen entre ellos. Luego trata de conocerse a sí mismo, y este conocimiento le lleva gradualmente a ser consciente de sus limitaciones, hasta el momento en que, plenamente en posesión de toda su conciencia, llega al conocimiento de lo Eterno. Este no es una ampliación del conocimiento de sí mismo, porque habiendo traspasado toda conciencia ya él no conoce ni separación ni unidad. Es la iluminación que da a cada cosa su verdadero valor.

Desde su primera visión de la Verdad, el hombre co-

mienza a eliminar su «yo» hasta el momento en que ve la posibilidad de dejar esta última prisión. Se desembaraza entonces enteramente del «yo» y se libera de la gran ilusión de la separatividad. Desde entonces es libre, al fin es hombre.

Para mí el Superhombre no existe. Se le concibe generalmente como un ser dotado de cualidades y virtudes exaltadas. Pero el hombre liberado no tiene cualidades porque éstas pertenecen al «yo», del cual el hombre precisamente se ha despojado.

El Ego desarrollado al extremo se llama superhombre o Dios; pero puesto que el «yo» es una limitación y, por tanto, una imperfección, ¿cómo llegaría a ser (aun desmesuradamente agrandado) perfecto o ilimitado? Cuando el «yo» ha desaparecido, el hombre alcanza la perfección y se hace semejante a un Cristo, a un Buda, es decir, realmente un hombre; «Hombre» recupera entonces su sentido propio, el hombre es el ser que no tiene ego. En él todas las limitaciones (sus cualidades) han desaparecido. La perfección no tiene grados, porque el ego, al cual solamente se aplican las cualidades, ya no existe.

Para realizar la Verdad, no hay que tomarla desde el punto de vista de lo relativo. Lo relativo pertenece todavía al ego; cuando el ego desaparece, lo relativo hace sitio a lo absoluto. Todo acto puro, es decir, todo acto despojado del «yo», revela la Verdad.

El hombre, desde su nacimiento, se ha enriquecido con todas sus experiencias. Al comienzo ha experimentado una perfección vegetativa, inconsciente; luego la imperfección, que de inconsciente se hace más tarde consciente. Llega ahora a una sencillez que no es de ningún modo primitiva, sino que aparece por lo contrario como una rica y perfecta síntesis, una obra de arte de la cual no puede suprimirse ni una línea.

Si todavía no ha realizado la perfección, puede no obstante tenerla presente ya en la mente como una finalidad. El acto que él cumple con miras a alcanzar ese fin, para que le sea útil, debe ser consciente y deliberado. Es preciso que el hombre obre por experiencia personal. Es su experiencia la que le demuestra que el ego tiene un objetivo, y que le

empuja a obrar escogiendo libremente los actos que le conducirán a esa finalidad. Si esta selección exige un esfuerzo, puede a pesar de todo, aunque imperfecta, tener su valor, porque está hecha libremente, mientras que el esfuerzo que proviene del deseo de conformarse al ideal de otro no tiene ningún valor.

Cuando el esfuerzo cesa, el acto vuélvese espontáneo, la perfección de la acción pura está realizada. La virtud que acompaña al esfuerzo no es una virtud.

Todo hombre liberado alcanza la Verdad, como un Cristo o un Buda. Cristo y Buda son los nombres dados a hombres que han alcanzado la Verdad; no son los nombres de la Verdad misma. Así los que se apegan a esos nombres o a los hombres que han llevado esos nombres no encuentran la inmortalidad, y los que la encuentran no son sino aquellos que se han apegado a la Verdad.

Para ser inmortal no hay que querer preservar su individualidad ni su unicidad, no hay que querer tampoco agrandar su «yo», o querer inmortalizarle en un Dios. Por el contrario, el hombre debe aspirar a perder el sentido del «yo», el «mí», que le esconde la Verdad y le impide llegar hasta ella. La Verdad no depende del tiempo que se descompone en pasado, presente y futuro. Ella es el momento, inaprehensible y sin embargo tan real, del «ahora» fuera del tiempo. Ella se halla donde ya no hay «yo».

Una hojita tierna en el hueco de nuestra mano contiene la Eternidad, si sabemos mirarla fuera del «yo», y puede hacernos descubrir la esencia de cuanto contiene la Verdad.

¿Por qué poner su esperanza en el porvenir? ¿Por qué escudriñar el pasado? El pasado, el presente, el futuro son irreales. El hombre que se fía al tiempo se deja engañar por su mentira. Lo que importa es vivir en el «Ahora» eterno, en que el hombre, concentrado, tendido en un equilibrio perfecto, es la Verdad. La Verdad deja a los hombres indiferentes porque no saben que sin ella no pueden ser felices. Buscan la felicidad fuera de la Verdad, y por eso la felicidad les rehuye.

Es esencial que no se tome lo que digo por una especulación mental. La Verdad de la cual hablo es el resultado de mi experiencia. Yo la vivo plena y constantemente. Ella

existe en cada cual y cada cosa, y sin su realización la felicidad no existe.

Esta conclusión, esta realización, no le está reservada a una pequeña selección de iniciados o de superhombres. La Verdad no pertenece a un Centro cualquiera, ni está en poder de una Asociación, una Institución, una Iglesia, una Academia. Puede ser alcanzada por cada cual; los que quieran realizarla deben buscarla ellos mismos.

## II

La verdadera sencillez no es una pobreza interior sino que proviene de la riqueza de la experiencia. La pobreza de experiencia no es sino una falsa sencillez, que crea, al contrario, todas las complicaciones de la existencia. Hay una aparente riqueza de experiencias que proviene de su gran multiplicacion, y hay una aparente riqueza material que proviene de una gran multiplicación de los objetos materiales. Estas riquezas que para los unos parecen positivas y para los otros negativas, no son positivas ni negativas: son nulas, si no se sabe sacar de ellas toda la lección que encierran y desprender su esencia.

Del mismo modo, hay una aparente pobreza de experiencia y una aparente pobreza material. Estas, lejos de multiplicar, se empeñan en reducir, y a su vez parecen negativas a los unos y positivas a los otros. Pero no son negativas ni positivas sino según la lección que se saca de ellas.

La riqueza y la pobreza no son una cuestión de cantidad. Una sola experiencia puede bastar para comprender la Verdad íntegra, si por ella sabe uno liberarse: la Verdad es la liberación de toda experiencia. Una sola posesión puede bastar para librarse a la vez del problema de poseer y del de no poseer, pues se puede, por el hecho de poseer un solo objeto, desprender la plena significación de la posesión en general. Basta, en efecto, examinar su deseo impersonalmente y con gran atención. Este deseo es el mismo, cualquiera que sea la cantidad de objetos que se posea.

Había una vez en la India un sannyasin, un religioso consagrado a la pobreza, que fué en busca de un rey renombrado por su sabiduría. Este sannyasin poseía como todo bien terrestre, dos taparrabos. Un día, mientras departía con el rey a la sombra de un árbol, el suntuoso palacio real comenzó a arder. Sin siquiera volver la cabeza, el rey conti-

nuó la conversación, mientras que el sannyasin, inquieto y distraído, no perdía de vista el incendio... porque cerca del palacio había puesto a secar su segundo taparrabo...

El deseo de ser rico y el deseo de ser pobre están basados ambos en el miedo. Se teme no poseer bastante o, por el contrario, se teme poseer demasiado. En la base del ascetismo más puro, nosotros descubrimos el temor del mundo: si el mundo es considerado como una ilusión, Maya, se teme dejarse coger por las posesiones que aparecen también como ilusiones, y si el mundo se asimila al mal, las posesiones vuélvense tentaciones de las que es preciso huir.

Pero esta huída provocada por el temor y el cansancio no es el verdadero abandono del mundo. El mundo es real. Todo es real. Lo que es irreal, lo que conviene abandonar, no es el mundo, sino los falsos valores que se atribuyen a las cosas. En este sentido, desapegarse, renunciar, quiere decir discernir entre la irrealidad de esos falsos valores lo que es real, y tomarlo. Renunciar verdaderamente no es rechazar el mundo, sino comprenderlo.

Ser desapegado es no sentir el deseo de poseer ni de no poseer. Es no desear las posesiones ni despreciar a los que poseen. Es no estar ya celoso de la riqueza de los demás ni de su pobreza. Cuando dejamos de creer que la riqueza o la pobreza son privilegios, nuestra conducta basada únicamente en la armonía de nuestro desapego absoluto, ya no nos hace abordar al rico o al pobre desde un punto de vista particular. Ya no establecemos, entre nosotros y los demás, esas relaciones según las cuales les tratamos de tal o cual manera; sino que expresamos la acción impersonal y pura que ya no encierra relaciones ni situaciones entre los individuos, sino que es una plenitud por sí misma.

Cuando la riqueza o la pobreza dejan de seducirnos, dejamos de atribuirles una significación humana. En efecto, ellas son externas al hombre.

Es una gran ilusión querer ser rico para hacer el bien ayudando a los demás, o justificar su riqueza con caridades. El error que se ha cometido amontonando riquezas no puede ser reparado por ninguna caridad. Siendo el dinero una forma del poder, ayudar a los demás es simplemente ejercer ese poder.

El poder bajo forma de posesión está ejercido por las Iglesias bajo dos formas: colocación de capitales para su riqueza material y explotación de la debilidad humana para distribuir las riquezas llamadas espirituales. Las Iglesias que se dicen espirituales alientan a los ricos; también alientan, por otra parte, a los pobres para que continúen siéndolo.

El rico que decide hacerse pobre y que da todos sus bienes hace una acción igual a cero, porque no es una acción en el verdadero sentido de la palabra, sino una reacción. La pobreza para él no es sino lo opuesto de la riqueza, en el seno de un conflicto que no está resuelto.

Es tan falso creer que la riqueza es un mal y la pobreza una virtud, como creer lo inverso.

La riqueza, que no es sino posesión, es negativa. La pobreza, que no es sino falta de posesión, es también negativa. La riqueza y la pobreza son positivas cuando se unen en la plenitud interior del desapego.

Cuando la riqueza y la pobreza están separadas de la posesión, adquieren en su desprendimiento un sentido nuevo: la pobreza de poseer vuélvese riqueza del ser.

Los hombres han levantado en sí mismos una doble barrera contra la Verdad: la riqueza y la pobreza. Pero la Verdad no puede hallarse en medio de posesiones espirituales o materiales. No es el resultado de compensaciones en estos dos dominios. No es rica ni pobre de ninguna especie de posesiones. Toda discusión a este respecto no conduce a nada, y yo no quiero detenerme más. ¿Cómo tomar por criterio de verdad la comodidad o la incomodidad física? Quien es verdaderamente sencillo no está influenciado por la comodidad ni por la incomodidad, porque posee la plenitud de la Vida.

He dicho que la verdadera sencillez es la plenitud del desapego. Es a la vez la plenitud del amor desprendido e impersonal donde ya no subsiste la distinción sujeto y objeto, y la plenitud del pensamiento concentrado hasta el extremo, pero dúctil, nunca rígido, siempre alerta en lo esencial. Este conjunto armonioso del amor y del pensamiento es la sencillez de la intuición, que es el desapego.

El desapego del cual hablo no se traduce por el contento de vivir en las condiciones en que uno se encuentra. El

hombre que se contenta con todo no es esencialmente diferente del que quiere cambiar siempre de condiciones externas porque no halla paz en ninguna parte. Ni el uno ni el otro están verdaderamente desapegados. Continúan siendo esclavos y cómplices de las causas que crean la civilización en que se hallan. Contribuyen a esta civilización que aprisiona al hombre.

Quien ha llegado al verdadero desapego se ha libertado, en primer lugar, de su estado de esclavitud, es decir, que ya no es esclavo de las causas que a cada instante crean una civilización que encadena a los hombres. Y por el hecho de haberse liberado, de que ya no contribuye a crear esta civilización, pertenece, por lo contrario, a la verdadera civilización cuyo fin es la liberación del hombre.

Desde entonces, su sencillez no se expresa por reacciones en el interior de la civilización de la cual se ha desprendido: no reacciona contra tal o cual manera de vestirse y de vivir, afirmando que la Verdad consiste en vestirse y en vivir de otro modo. No puede tomar posición en el interior de un juego al cual ya no juega. Para él el juego entero de esta civilización está fuera de lo que considera ser el orden natural que conviene a los hombres. Si los demás creen poder adaptarse, él, por el contrario, es pura y simplemente un inadaptado.

Ciertamente, utiliza de esta civilización aquello de que tiene necesidad físicamente para vivir según un mínimun que no significa ningún deseo personal. Si las circunstancias le colocan en condiciones en que este mínimun le es rehusado, esto podrá debilitarle físicamente hasta sofocar su expresión, hasta matarle, pero esto no cambiará su naturaleza ni la naturaleza de su expresión.

En una civilización creada únicamente por reacciones que encadenan a los hombres y les hacen sufrir, él es libre, pues obra libremente, de una manera sencilla y natural. No sólo no crea ya sufrimiento, sino que su acción es positiva porque toma la esencia de las cosas. Aquellos que sufren porque están cogidos por sus irrealidades, pueden beber de su agua pura. El agua pura está allí para aplacar su sed. Pero si la mezclan con cieno ya no podrán beberla.

El verdadero desapego es una felicidad que no tiene

cualidades. No consiste solamente en verse liberado de la riqueza y de la pobreza; esta liberación no es sino uno de sus aspectos. El desapego total es una soledad completa. Mientras no se llega a esta soledad el pensamiento y las emociones son una carga. En la completa soledad, el pensamiento es puro, puramente humano, alegre, surge de su propia alegría, de su propia acción, es normal en fin, porque no es provocado por reacciones.

Antes de este desapego completo, el pensamiento, nacido de reacciones, era un reflejo de las alteraciones que sufría el «yo». Ahora el pensamiento ya no es un reflejo, proviene de la esencia, luego ya no se altera.

Nadie puede decirnos si estamos desapegados o no. Asimismo, no podemos juzgar a los demás, sino a nosotros mismos. Y, para ser nuestros propios jueces, debemos examinarnos con la mayor honradez. Mientras sintamos la sensación de estar incompletos, mientras no poseamos la plenitud total, no estamos desapegados todavía.

La plenitud del desapego es la felicidad, que es comprensión, porque resulta de la totalidad de la experiencia, y ésta contiene la esencia de la Vida. Si se comprende bien lo que yo entiendo por experiencia, se verá que esta totalidad está contenida en cada experiencia particular, a condición de que ésta sea verdadera.

Lo que entiendo por experiencia no es un conocimiento intelectual que se adquiere por la observación de las cosas y de las relaciones que existen entre ellas. Este conocimiento intelectual queda en la superficie de nuestro ser. Yo hablo de la experiencia de comprensión que nos toca en nuestra razón de ser, por la alegría o el sufrimiento. Esta experiencia pone en contacto un acontecimiento, muerte, nacimiento, amor, y un equilibrio provisional del ser, establecido sobre bases irreales. Hay experiencia cuando este equilibrio artificial se destruye.

El equilibrio incierto e irreal que así es sacudido por la experiencia, está construído por el miedo y la esperanza que experimenta el «yo» de sentirse incompleto. Su miedo y su esperanza, sacudidos por las experiencias de la muerte y del amor, se derrumban, y el hombre, en este vacío, experimenta de nuevo el sentimiento de que está incompleto. Si para

apaciguar este sentimiento reconstruye un nuevo edificio ilusorio sobre su miedo y su esperanza, no utiliza la experiencia, rechaza lo que ella le ha ofrecido y se coloca en la necesidad de volver a empezar.

Pero si comprende que esta experiencia le ofrece la posibilidad de ir hasta el fin de esta ruptura de equilibrio, hasta la base de su razón de ser, se servirá de ella para ir a buscar las causas de su miedo y de su esperanza, y para eliminarlas. Una vez estas causas eliminadas, ya no construirá sobre ellas el equilibrio artificial que llama a la experiencia a fin de hacerse destruir, ya no construirá nada, estará establecido en la Verdad. Así una sola experiencia le habrá dado la totalidad de la experiencia. La incertidumbre y el sentimiento que tenía de estar incompleto le habrán conducido a la plenitud positiva que rebasa toda experiencia.

Este es el verdadero desapego. Una serenidad que se expresa por la acción pura e impersonal y cuyo objetivo no depende del tiempo ni del espacio.

El hombre incompleto, empujado por su miedo y su esperanza, pasa de un objetivo ilusorio a otro. Busca apoyos, quiere hacerse guiar y consolar, quiere encontrar la dicha abrigándose en ilusiones, en Iglesias, en autoridades. Pero si quiere poseer la plenitud interior positiva, debe colocar su objetivo fuera del tiempo y del espacio. Este objetivo le servirá de punto de orientación y de medio. No debe hacer de él una especulación de la mente, sino que todo su ser debe participar en él.

Así como la esencia de una gota de agua es la esencia de toda agua, la vida en cada cual es la esencia de la Vida.

Comprenderse así mismo en su propia esencia es comprender la totalidad en la que el «yo» ha desaparecido. La experiencia era el contacto de una ilusión (el «yo») y de la realidad (la Vida). Ahora el «yo» ya no existe de ningún modo, ni sutil ni ampliado, no queda sino la Vida, ya no se puede hablar de experiencia.

El «yo» pertenece al tiempo y al espacio. La Verdad, que es la Vida, es completamente independiente de él: es inmortal. Sin embargo los hombres quieren buscarla a través de su «yo», a través del tiempo y del espacio, y expresarla por medio de formas.

La sinceridad del hombre que posee la plenitud de la Vida no se asemeja a ninguna otra, porque lo que habitualmente se llama sinceridad es una sinceridad consigo mismo, con el «yo» creado por la ilusión, condicionado por el tiempo y el espacio, dominado por las circunstancias. La verdadera sinceridad consiste en echar fuera del hombre todo lo que pertenece al tiempo, al espacio, al «yo». Esta eliminación no es hecha, pues, por el «yo», sino por la Eternidad que obra en el hombre.

Así, el «yo» no puede salirle al paso a la Eternidad en la esperanza de asirla, no la encontrará nunca. Las religiones que incitan a los hombres a encontrar la Verdad, prometiéndoles en recompensa la Vida eterna, o amenazándoles con un castigo, están creadas por el «yo» que quiere perdurar, que tiene miedo y que espera, y no tienen, pues, nada que ver con la Verdad.

La Eternidad trabaja en el hombre a fin de romper en él los muros del «yo». Cuando estos muros han caído, la Verdad está ahí. La resistencia que el «yo» opone a este trabajo de la Eternidad en el hombre, los hombres la llaman sufrimiento.

Para calmar este sufrimiento, creen deber acumular adquisiciones y experiencias, porque creen que el «yo» debe evolucionar, progresar, enriquecerse. Ellos debieran, por el contrario, hacerse plenamente conscientes y comprender que la resistencia que el «yo» opone a la Eternidad puede cesar en no importa qué momento. Le basta con desprender de una sola experiencia, tal como he dicho, la totalidad de la comprensión que ella puede darle.

Puesto que cada experiencia contiene la totalidad de la experiencia, no es propiamente dicho sino un aspecto de una sola y única experiencia que conviene llevar hasta el fin. Es, pues, enteramente inútil repetir indefinidamente los detalles particulares de esta experiencia única. Si, en vez de agotar un detalle, le resistimos, resistiremos lo mismo a otras experiencias, y acumulándolas no haremos sino perder el tiempo en un sufrimiento inútil y en la ilusión de una evolución.

Así una sola experiencia debe poder bastar.

He dicho que el sufrimiento es la resistencia que opone

el «yo» a la Eternidad. Pero no hay verdadero sufrimiento sino cuando el «yo» conoce su objeto y no puede impedirse a sí mismo de resistirle. El verdadero sufrimiento es caer en un error sabiendo que es un error.

Quien toma todas sus ilusiones por verdades es inconsciente de su error y no conoce el verdadero sufrimiento que conduce a la liberación. Sufre como puede sufrir un niño que llora por su juguete roto. Este sufrimiento estéril del hombre que no conoce su objeto hace girar indefinidamente la rueda de la existencia. El hombre ni siquiera lo ignora, es inconsciente.

En este grado de inconsciencia, la interminable sucesión de esfuerzos estériles que hacen los hombres es lo que ellos llaman el renunciamiento y el sacrificio.

Cuando lo real comienza ya a mezclarse con la ilusión, la conciencia se despierta y trata de discernir lo que es real de lo que es ilusorio. Es el período de la ignorancia en que el hombre busca el conocimiento haciendo una selección. Discierne lo que es realidad y lo que es ilusión, y el esfuerzo que hace para escoger, el esfuerzo que hace para resistir a lo que no es esencial, constituye el verdadero sufrimiento. En este sufrimiento que le conduce a su liberación ya no hay sitio para la noción del sacrificio.

En fin, lo real se despliega en el hombre y éste ya no es atraído por lo que no es esencial. La Eternidad ha terminado su trabajo en él, la lucha ha cesado, es libre.

El despliegue de este conocimiento pone fin a los actos que encadenaban al hombre, porque estos actos dimanaban del «yo». El «yo» se opone siempre a lo real, es, pues, negativo, y sus actos no son en realidad sino actos negativos.

He dicho ya que el «yo» no puede progresar. Puede disolverse en la Eternidad. Esta disolución es un estado dinámico; no es indiferencia. En el transcurso de su lucha, el «yo» puede experimentar la mayor indiferencia por cuanto le rodea y por sí mismo. Esta indiferencia es lo opuesto de la plenitud, porque está hecha del sentimiento de que todo es incompleto, que nada puede ser completo.

Cuando el «yo» se encuentra en un estado estático del cual deberá salir un día, dos posibilidades se le presentan: puede tratar de dominar este estado y en tal caso, toda la

serie de sus experiencias debe volver a empezar porque no ha sacado de ellas su lección, o el hombre puede comprender que lo que es incompleto no pertenece sino al «yo» y entonces desembarazarse de él.

El hombre que se ha desembarazado de su «yo», se ha librado hasta de la conciencia, y es la plenitud de la acción pura. Esta plenitud, esta pureza, son inalterables porque ya no dependen ni de circunstancias exteriores, ni de estados interiores conscientes o inconscientes, individuales o colectivos (grupos, clases, agrupaciones religiosas). El acto puro no es alterado por lo que pertenece al tiempo y al espacio.

Todo lo que pertenece al tiempo y al espacio es una limitación. Por ejemplo, el amor personal hace sufrir porque trata de romper las limitaciones en las cuales está encerrado. En vez de facilitar esta tarea al amor, el hombre lucha en contra suya. Reduce sus limitaciones creyendo protegerse así contra el sufrimiento. Su sentido posesivo erige contra el amor verdaderos muros: se les llama lealtad, fidelidad, don de sí mismo.

El sufrimiento en el amor proviene de este falso concepto que se tiene del amor. Quisiera encerrársele en límites individuales, y para no sufrir se aferra uno a la causa misma que crea el sufrimiento.

El hombre que ama en el interior de todas las limitaciones construídas por el «yo» trata a cada instante de ajustar su amor a estas limitaciones. Sus celos, su deseo, todos sus actos, sus pensamientos, sus emociones, se esfuerzan, en ese trabajo de ajuste, a adaptar su amor a una ilusión, a mantenerle en los límites de su círculo.

Puesto que esta adaptación quiere basarse sobre una ilusión, es absolutamente ilusoria. Todo este trabajo es estéril y no hará comprender la causa del sufrimiento. En el interior del círculo trazado por el «yo», el hombre sufre y brega por establecer un vínculo permanente entre dos elementos opuestos e irreductibles, creados por ese círculo. Se debate en las dualidades del amor y de los celos, del amor y del odio, del objeto y del sujeto, del miedo y de la esperanza. Todo lo que él llama amor no existe sino en ese círculo. El verdadero amor, que está fuera de estas limita-

ciones, le parece inhumano, cuando precisamente es el único amor verdaderamente humano.

El amor verdadero, visto por el «yo» desde el interior de su círculo, parece cruel porque el «yo» no comprende la compasión sino como un socorro que vendría a fortalecerle dentro de sus propios límites. La Verdad vista desde el interior de ese círculo parece tan monstruosa e inaccesible que ni aun se quiere creer en su existencia.

El hombre no quiere abandonar el círculo, cree que hacer esfuerzos de ajuste es vivir y hacer progresos. Progresar quiere decir para él multiplicar: multiplicar los objetos de sus deseos y de sus amores o multiplicar sus propios deseos, agrandando y reforzando su «yo». Pero todas estas multiplicaciones no son sino divisiones, porque la naturaleza del «yo» es ser aislada; así él no puede sino separar y dividir. En su círculo el desapego es imposible, no se puede llegar sino a la indiferencia.

Cuando, martirizado por el sufrimiento, el hombre se decide a quebrantar el círculo, descubre lo que he llamado la acción pura, que no dimana de su «yo» y que, por consiguiente, tampoco depende ya de los demás «yoes». Así, esta acción no establece una relación entre un «yo» y otro «yo», ni siquiera una relación entre un punto de vista impersonal y los «yoes»; no establece relaciones, sino que es. Es la plenitud del amor desapegado, que es la Vida. Está más allá de la separación y más allá de la unidad. Las cualidades han desaparecido en ella porque no está condicionada ni por el espacio ni por el tiempo, siendo el despliegue de la Eternidad.

* * *